

patrocinio es tambien la liberacion de la cárcel del Purgatorio. ¿Cuántos, por obra del santo escapulario, no han pasado de aquella tormentísima cárcel al reino de la eterna luz y de una imperturbable paz? Hable por mí en este lugar San Andrés Corsini, quien habiendo entrado en un templo consagrado á Nuestra Señora del Cármen, se sintió trocado de perverso que era en vaso de preciosa eleccion. Hable por mí Santa Magdalena de Pazzis, que besando el escapulario, recobró la serenidad de espíritu tan variamente combatida por los espíritus infernales. Hable San Juan de la Cruz, que con solo mirar el hábito de la Virgen adquiría valor y paciencia para triunfar del príncipe de las tinieblas, que empleaba tantas armas para distraerle de sus buenos propósitos. Testigo Santa Teresa de Jesús, que con solo tocar el dichoso hábito de Nuestra Señora del Cármen aplacaba la fatal desconfianza que suscitaban de vez en cuando en el corazon y en el entendimiento sus espirituales enemigos.

Repita, pues, el sagrado Esposo de los Cantares, al soltar los labios para alabar á su amada, que su cabeza es como el Carmelo, porque si el Carmelo indicaba la eminencia de la Mujer superior á todas las demás mujeres, hemos visto que siendo el título del Cármen caro á María, y, por lo mismo, terrible para el Infierno y utilísimo para el pueblo cristiano, ocupa el primer lugar entre los demás títulos. *Caput tuum sicut Carmelus.* Y ahora quisiera exhortar con una voz cuyo eco llegase hasta los últimos confines del mundo, exhortar á eclesiásticos y ciudadanos; á nobles y plebeyos; á togados y militares; á ricos y pobres; á doctos é ignorantes; á justos y pecadores, á aprovecharse de esta devocion. Quisiera decir cuanto importa no manchar con la culpa el vestido, que como prenda de gracia y de salvacion nos otorgó María. Quisiera añadir... pero, aquí en este lugar, en vuestra presencia, delante de tanta concurrencia, debo más bien congratularme con vosotros, hermanos míos, del culto que tributais á la Santísima Virgen y de vuestro afecto al santo Escapulario. Alegraos pues, por ello, ya que cobijados bajo el manto de María no podreis ménos de gozar de los eficaces efectos de su proteccion. La tierna Madre os asistirá en las necesidades, os defenderá en los peligros, os consolará en las angustias, os será propicia en todas las ocasiones, para que experimenteis cuán saludable sea la devocion á Nuestra Señora del Cármen.

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

DISCURSO II.

*Induit me vestimentis salutis, et
indumento justitiæ circumdedit me.
Me ha revestido del ropaje de la
salud, y me ha cubierto con el manto
de la justicia.*

(ISAÍ, LXXI, 10.)

Al nombrar á la Virgen Madre de Dios con el título de Carmelo, la primera idea que se ocurre es la del santo Escapulario. Devotos de María bajo esta advocacion, seguramente que ninguno ignorará la historia de este habitillo con que quiso Ella agraciarse á los fieles. Todos lo sabreis, que de tener su morada en el monte Carmelo algunos discípulos del profeta Elias, que allí se dedicaban á la contemplacion y á la penitencia, fueron llamados carmelitas; que reunidos despues en comunidad por el patriarca de Antioquia, Americo, se trasladaron muchos de ellos á Europa para propagar su instituto; y que habiendo abrazado éste en Inglaterra Simon Stok, quien por treinta y tres años habia llevado una vida de austeridades y de oracion perenne en la concavidad del tronco de un árbol, se le apareció un día la Reina de los Cielos, circuida de innumerable multitud de ángeles, y alargándole una especie de hábito, le dijo: «Recibe, amado hijo, este escapulario para tí y para tu orden, en prenda de mi especial benevolencia y proteccion, que sirva de privilegio á todos los carmelitas. Por esta librea se han de conocer mis hijos y mis siervos. En él te entrego una señal de predestinacion y una como escritura de paz y de alianza eterna, con tal que la inocencia de la vida corresponda á la santidad del hábito. El que tuviere la dicha de morir con esta especial divisa de mi amor, no padecerá el fuego eterno, y por singular misericordia de mi querido Hijo gozará de la bienaventuranza.»

Hé aquí, oyentes, la entrega del escapulario carmelitano, prototipo de los demás escapularios, con que la inmensa bondad de María ha querido manifestarse á los hombres. Prenda de su especial benevolencia y proteccion, testimonio de privilegio, distintivo de filiacion y servitud, señal de predestinacion, escritura de paz y alianza eterna, particular divisa de su amor y garante de la bienaventuranza le llama la misma piadosísima Señora. Es que en el carmelitano escapulario la Madre de ilimitada misericordia ha querido vincularnos la seguridad de su amparo y de su cariño maternal. Es que María, bajo el título del Cármen, y con la entrega de su habitillo, nos dió el vestido de primogénito para atraer sobre nosotros las bendiciones celestiales; el traje de hermosura como hijos de su predileccion; el ropaje de dignidad en prueba de lo que nos distingue; su propia librea en testimonio de afecto y para salvo-conducto en los peligros; su vestidura á la que están anejas la virtud, las gracias, los portentos. En estas ideas, oyentes, se halla envuelto el plan de mi discurso: la escapanacion de las mismas obrará el desarrollo de éste.

Reina soberana del mundo, yo os saludo con las palabras que en boca del enviado de Dios os proclamaron llena de gracia: A. M.

¿Y no sabe á fanatismo eso de vincular en el escapulario tantas gracias y tantas prerogativas? Jamás he podido comprender, oyentes, el porqué reputar fanatismo por los que se precian de hombres pensadores é ilustrados la devocion al santo escapulario, y el piadoso uso de llevarlo encima los fieles. Cuando es cosa tan conforme á la razon un hecho, que tiene mil ejemplos de analogía en la vida social y en la política la práctica del escapulario, cual la admite la Iglesia, ¿á qué venir á censurarla y aún á ponerla en ridículo en nombre de la razon y del sentido comun? ¿No son, por el contrario, el sentido comun y la razon, los hechos y las pruebas quienes apoyan la creencia de que María háyase dignado favorecernos, distinguirnos, honrarnos, manifestarnos su ternura y su afecto, entregándonos un escapulario, ó vestido, ó habitillo, ó pedazo de ropa, si así se le quiere llamar? Yo abro la primera historia del mundo, la primera y la más veraz: estudio las costumbres patriarcales de los siglos primitivos, de aquellos tiempos en que al parecer el espíritu de Dios, espíritu de santidad y de vida, se hallaba aún todo entero, si me permitís la expresion, en el hombre: entónces que Dios y la naturaleza eran los guías de éste en su conducta, eran su oráculo, eran su norma, y no esa civilizacion de que nos gloriamos, y que no sabemos en qué con-

siste, si atenernos debemos á la antítesis flagrante entre su definicion y lo que se dicen sus conquistas; y no esa ilustracion que brilla con la luz del fuego fátuo ó con el fulgor del relámpago; ese progreso intelectual y material, cada uno de cuyos pasos es el retroceso de mil en la senda de la moralidad; ese perfeccionamiento de la humanidad que es el refinamiento de la corrupcion. Yo me traslado, pues, á los días de aquellos hombres verdaderamente grandes, que merecieron de Aquel, que por su infinitad carece de nombre que le individualice, se complaciera en unir su nombre al suyo. El Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, este es mi nombre para siempre; y este es mi memorial por generacion y generacion, decia á Moisés el Ser Supremo. Yo me introduzco en la familia de Isaac. De avanzada edad se halla el buen patriarca, ciego y postrado en el lecho que cree ser ya el de su muerte. Llama á su primogénito para que vaya á buscarle algo de caza y se lo presente despues de condimentado, á fin de que le bendiga. Óyelo la madre, y miéntras el hijo mayor ha marchado á cumplir el encargo paterno, hace vestir al menor con los vestidos más preciosos de aquél, le arregla un guisado para su padre, y le empeña á llevárselo para ser él quien reciba la bendicion de la primogenitura. Sorprendido el anciano al percibir la fragancia de los vestidos del que juzga su primogénito, toma de aquí pié para bendecirle con la abundancia y la prosperidad, con el señorio sobre sus hermanos y el dominio sobre las gentes. Por medio de un vestido atrae Rebeca la gran bendicion, prometida por Dios á la descendencia de Abrahán y que Isaac guardaba para su primogénito Esaú, sobre el hijo menor, Jacob.

Tambien al pueblo judío pertenecía, oyentes, la primogenitura en las naciones escogidas de Dios: en medio de él tiene su origen la órden carmelitana: no obstante, al cristiano pueblo, al hijo menor entrega María el precioso vestido que ha de atraerle copiosas las bendiciones celestiales. A nosotros nos dió aquel su sacro escapulario en favor del cual, bien podemos decir con toda la extension de la palabra, se ha abierto de par en par el tesoro de la Iglesia: aquel escapulario, lo sabeis, oyentes, manantial de indulgencias por parte de los Sumos Pontífices, fuente de misericordia y de gracia con respecto á Dios, venero inagotable de los favores de María; y lo que es más, regalo de su predileccion. Efectivamente, regalo, dón del cariño maternal de María, de un amor de predileccion es su santo escapulario. Jacob, que hijo menor, había recibido de su padre por medio de las vestiduras de su hermano la bendicion de la primogenitura, despues,

entre sus muchos hijos, ama privilegiadamente al menor, y un vestido también es el símbolo, digámoslo así, de las caricias con que entre los demás le distingue. «Y amaba Israel á José, leemos en las Escrituras santas, sobre todos sus hijos, por haberle engendrado en la vejez, y le hizo una túnica de diferentes colores.»

Y nada más natural, oyentes, y nada más comun entre nosotros. Las alhajas, lo precioso de una familia suele ser herencia del primogénito: á Esaú pertenecía el rico y perfumado vestido. Pero los regalos del padre, un traje hermoso y de distincion son para el hijo predilecto. La linda túnica de varios colores fué para José. ¿Qué de extraño, pues, qué de impropio, en que la más cariñosa de las madres á unos hijos engendrados no en su vejez, sino al pié de una cruz entre angustias atroces, entre dolores acerbos, diese un vestido, muestra del amor de predileccion con que entrañablemente los quiere? ¡Oh! ¡cuán tiernos son esos dones, esos regalos de cariño paternal! encierran mil consuelos y mil venturas en nuestras familias. Un padre, una madre, que regala un vestido ó una prenda de ropa cualquiera al más amable de sus hijos, al que por su docilidad, por su aplicacion, por su apacible carácter se atrae todas las simpatías y se hace digno de un especial cariño; ¿reprobareis en las familias esta práctica, efecto y origen á la vez de dulces sentimientos? Y ¿al corazon maternal de María para con los hombres habíamos de negar ese desahogo de ternura...?

Mas si en la sociedad doméstica es un vestido á veces una señal de predileccion, en la sociedad política lo es de honor y dignidad. Ante la púrpura del Pontífice se inclinan reverentes las cabezas: la toga, las insignias militares, los distintivos gloriosos imponen atencion y respetuosidad. ¿Y quién es el que á la presencia del sacerdote, revestido con los ornamentos sagrados, y á la consideracion de lo que representa, no siente que se le doblan las rodillas? Ana, madre de Samuel, despues que le hubo dejado en el templo, empleado en el servicio del Señor, le hizo una túnica pequeña que le llevaba en ciertos días solemnes para que se la pusiese. Era un vestido de honor, de dignidad; era un vestido sagrado. Honorífico por demás, sacro es el escapulario que nos ha dado María. Él nos hace cofrades de la Virgen carmelitana, siervos de la Reina de los Cielos, hijos de la Madre de Dios. Él nos consagra á su culto, y nos señala con el distintivo de los que son suyos. En el escapulario serán reconocidos mis hijos y mis siervos, dijo la misma bondadosa Señora al entregárnoslo, segun referíamos arriba. Es porque ese sacro vestido es la librea de su casa;

es su propio vestido, y, por consiguiente, como una especie de salvo-conducto que de Dios nos merece consideraciones, y del enemigo de nuestras almas respeto y temor.

Poseído Saul del espíritu maligno, odiaba tan encarnizadamente á David, que no buscaba sino ocasiones para quitarle la vida. Por el contrario, su hijo Jonatás le amaba hasta tal extremo, que en expresion de las sagradas páginas, las almas de uno y otro estaban como conglutinadas; los dos hacían una sola alma en dos cuerpos. A impulsos de ese acendrado y ardiente afecto se despojó un día Jonatás de su túnica y de sus demás vestidos, hasta de su espada, su arco y su tahalí, y lo dió todo á David. Como si aún en el vestido quisiese hacer de su amigo otro él, y evitarle de este modo alguna asechanza, tendida por su padre. ¿No veis, oyentes, aquí una figura de lo que hace María con nosotros, dándonos su santo escapulario? Nos cubre con sus propios vestidos, para que al vernos con ellos la justicia de Dios provocada por nuestras culpas, no descargue con todo su rigor sobre nosotros; para que el demonio no se atreva á acercársenos y á herirnos. ¡Oh vosotros aristarcos del sacro escapulario! si teneis corazon que sienta las dulzuras de la amistad no queráis arrancar de los nuestros esta emocion de ternura. Que una persona que ama se despoje de sus vestidos para cubrir con ellos á la persona amada, ¡oh! es la prueba de un cariño tiernísimo, ardoroso... Que de este modo la salve de la muerte que tal vez le amaga, es lo aquilatado de la amistad.

Gracias por vuestro escapulario, Virgen carmelitana: vuestro inflamado afecto á los hombres os hizo entregarnos vuestro vestido, y ¡de cuántos peligros nos hemos visto por él libertados! ¡cuántas veces nos ha arrancado quizá del mismo borde del Infierno, donde iba á precipitarnos un Dios vengador de los ultrajes que le habíamos hecho! ¡qué de auxilios, qué de amparo, qué de proteccion no le debemos en toda clase de riesgos y necesidades! Si, oyentes, inmensos son los beneficios que debemos al carmelitano escapulario: á él están anejas la virtud, las gracias, los portentos. Torbellino de fuego arrebató á Elias del lado de Eliseo y le eleva por los aires. El profeta deja á su discípulo su manto en prenda y señal de que queda en él su espíritu, su espíritu de fervor, su espíritu de profecía, su espíritu de prodigios, que es lo que habíale él pedido. Hiere Eliseo con el manto las aguas del Jordán, y, cual poco ántes sucediera con Elias, se dividen á un lado y á otro, dejándole paso en seco. ¿Y qué es, oyentes, el manto de Elias respecto del escapulario carmelitano?

Es la imagen que figura la realidad. En la nubecilla que levántase del fondo de las aguas, precursora de la deseada vivificadora lluvia, contempla el profeta de Tesbas, está simbolizada María, la aurora de la regeneración del mundo; en su manto, que le abre camino por entre las aguas, y que á su compañero y discípulo comunica su espíritu, el carmelitano escapulario que infunde á sus devotos el espíritu de la virtud y de la piedad, y por cuya atención obra maravillas la derecha del Omnipotente. Por cierto que observando los cofrades del carmelitano escapulario las reglas de buena conducta y las oraciones que les son prescritas, no pueden menos de avanzar de día en día en la perfección cristiana: y cuando su devoción es verdadera, el Todopoderoso se complace en obrar cosas estupendas en su favor.

Que no nos responda con el sonris del sarcasmo á los milagros, que atribuímos á la devoción del escapulario carmelitano, la incredulidad. No todo lo que refiere el vulgo, sanciona la Iglesia. Una sana razón y la buena fé no cuestionan de números y de hechos aislados: la posibilidad, aquí está el asunto. ¡Y qué! el manto de Elías divide las aguas del Jordán, ¿y al escapulario de María no podremos atribuirle virtud alguna, concedídale por Dios? Dos ó tres galones de oro, un cintajo, una banda se merece entre nosotros consideraciones de los mismos príncipes; ¿y ninguna ha de merecer delante de Dios un escapulario que, en señal de benevolencia, en prenda de protección y en garante de asistencia, ha dado su divina Madre á los hombres...? Si se invoca la razón y el sentido común, séase lógico sobre todo. Fijese la cuestión, y arguméntese con la dialéctica en la mano. La Iglesia no enseña ni nosotros decimos, que el escapulario carmelitano, en su ser material ó formal, ó sea en su cualidad de cierto género de ropa ó bajo tal determinada forma, encierre un poder taumáturgico.—No se nos suponga tan faltos de raciocinio ni aún de *sindéresis* religiosa.—Lo que nosotros sostenemos, conformes en un todo con la doctrina de la que levantada ha sido por Dios columna de la verdad, es, que por consideración al escapulario, esto es, á una prenda de su protección que la Reina de los cielos ha dado á los mortales, puede el Omnipotente obrar maravillas. ¿Qué hay aquí de contrario á la razón y al sentido común? ¿Se opone acaso al sentido común y á la razón el que en una prenda de vestuario, y aún solamente en un mero adorno, estén vinculados entre nosotros el honor, la distinción, la gloria, y que por su respeto, los que tales símbolos usan, sean acreedores á nuestros respetos y hasta á las consideraciones y larguezas por parte de los mismos soberanos? De objetos de

traje se cuestiona, y cabalmente el traje es el gran principio de distinción en la sociedad. Por el traje se distingue el sacerdote del laico, el militar del paisano, el hombre en posición del hombre del vulgo; y hasta el individuo se distingue de sí mismo, esto es, de cuando ejerce su ministerio público á cuando se confunde con el pueblo. Pues entonces ¿por qué tanto contradecir que una prenda de vestido pueda ser un distintivo de piedad, una señal particular de servidor y devoto de María? Háyase en cuenta, que cuanto pertenece al vestuario, si no sirve de necesidad para el abrigo, ó como un objeto de lujo ó elegancia, no es más que un emblema ó significación de la clase, condición ó categoría que entre los demás se ocupa. Como emblema, pues, tenemos igualmente nosotros el escapulario: un emblema de adhesión, homenaje, culto especial á la Reina de los Cielos, bajo una advocación caracterizada.

Y no se nos impute que del uso de ese emblema hagamos depender la predestinación de los fieles. La Iglesia no enseña, repetiré con mis palabras de ahora no hace mucho, ni nosotros decimos, que baste el llevar encima el escapulario para salvarse.—No se nos suponga, séame permitido repetirlo, tan faltos de raciocinio y aún de *sindéresis* religiosa.—Acerca de la relación que entre la predestinación y el uso del escapulario existe, nosotros nada más avanzamos que lo que se dignó aseverar la misma Reina de los Cielos. En él, recuérdese que estas fueron sus palabras al dar el escapulario al virtuoso Stock, te entrego una señal de predestinación y una como escritura de paz y alianza eterna, mientras que la inocencia de la vida corresponda á la santidad del hábito. Las expresiones son harto perspicuas, y *al alcance de todos para que necesiten comentarios*. Ahí está pues, oh vosotros que afectais duda ó acudís al epigrama, cuando del escapulario se trata: ahí está lo que, si os cuadra el nombre, podeis llamar su teoría. ¿Qué de repugnante á la razón y al sentido común puede tildar en ello la crítica más severa y exigente? Nada por cierto, oyentes, una crítica justa y racional: la incredulidad tan solo, un fanatismo irreligioso, este es el que aguza su lengua satírica contra la devoción al santo escapulario. Se invoca por una inexplicable antífrasis la razón y el sentido común, y la iniquidad, como suele, se miente también aquí á sí misma, según la expresión del Salmista: el sentido común y la razón confunden á los detractores.

Que vuestro entusiasmo por el santo escapulario crezca, pues, cada día más, amados míos. Que ni de día ni de noche deje de ser como un antemural de vuestro corazón contra toda especie de peli-

gros, así de cuerpo como de alma. Si la impiedad os pregunta con maliciosa curiosidad qué significa el escapulario, respondedle que es una prenda del cariño y de la protección de María. Si se chancea del aprecio en que le teneis, y de la gloria que poneis en llevarlo encima, replicadle que el militar se honra en sus galones y entorchados, y el magnate en sus cruces y toisones. Si insiste en inquirir de qué sirve y cuál es su utilidad, decidle que por respecto de él el Omnipotente obra maravillas grandes, y la Soberana del Empíreo dispensa beneficios en abundancia á los que le usan.

¡Gloria á vuestro escapulario, Virgen carmelitana: eterno reconocimiento á vuestra inmensa bondad que con él ha querido favorecernos! Seamos por vuestro escapulario reconocidos ante Dios por vuestros siervos é hijos. Tengámosle como á un distintivo de honor á la faz de todo el mundo. Abroquélenos contra los tiros de nuestros enemigos visibles é invisibles, vístáenos de virtudes, adórnenos de la inocencia, cúbráenos con vuestra protección, y cúmplase en nosotros que es señal de predestinación y garante de la bienaventuranza. Amen.

NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

DISCURSO III.

Statuum pactum meum inter me, et te, et inter semen tuum post te federe sempiterno.

Estableceré entre los dos mi pacto, y haré con vuestros hijos una alianza, que permanecerá para siempre.

(GEN. XVII, v. 7.)

Si haciendo el elogio de la Santísima Virgen, y hablando de los hijos del monte Carmelo, me sirvo sin detenerme de las palabras consoladoras con que Dios habló en otro tiempo al padre de los creyentes, sin duda es porque sin creer á todo espíritu como aconseja el Apóstol, miro con desprecio aquella crítica orgullosa que llama al injusto tribunal de su capricho la célebre aparición, en que los hijos de los profetas, los ángeles del Carmelo recibieron de mano de María ese hábito de salud, esa librea de justicia, para vestirse ellos mismos y comunicarlo al resto de los fieles, como expresión de su benevolencia, defensa en los peligros, señal de salvación y prenda segura de una alianza, de una paz, de una unión indisoluble y eterna.

¡Pues qué! ¿no insultaría yo á María en el trono de sus glorias, no mancharía el brillante honor del respetable Orden del Carmen, no haría notorio agravio á vuestra piedad, y, por decirlo de una vez, no sería acreedora mi presunción á la justa reconvención que hacía Job á sus amigos: *Muchas veces he oído esas mismas cosas... ¿Cuándo tendrán fin esas palabras?* (1), si por un solo momento dudase de esta verdad? Ella ha sido confirmada desde su cuna con sucesos milagrosos, cuya memoria ha conservado á la posteridad una nube de testigos fidedignos: ella está marcada con el cuño de la Esposa del Cor-

(1) Job. XVI, 2 y 3.